

AÑOS ABC • VIERNES SANTO

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan 18:1–19:42

Narrador • 53	Guardia • 5	Criado 1 • 1
Jesús • 16	Soldado • 4	Criado 2 • 1
Pilato • 15	Anciano • 4	Portera • 1
Sacerdote • 6	Pedro • 2	

Narrador: La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan.

Jesús salió con sus discípulos para ir al otro lado del arroyo Cedrón. Allí había un huerto, donde Jesús entró con sus discípulos. También Judas, el que lo estaba traicionando, conocía el lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. Así que Judas llegó con una tropa de soldados y con algunos guardianes del templo enviados por los jefes de los sacerdotes y por los fariseos. Estaban armados, y llevaban lámparas y antorchas. Pero como Jesús ya sabía todo lo que le iba a pasar, salió y les preguntó:

Jesús: —¿A quién buscan?

Narrador: Ellos le contestaron:

Soldado: —A Jesús de Nazaret.

Narrador: Jesús dijo:

Jesús: —Yo soy.

Narrador: Judas, el que lo estaba traicionando, se encontraba allí con ellos. Cuando Jesús les dijo: «Yo soy», se echaron hacia atrás y cayeron al suelo. Jesús volvió a preguntarles:

Jesús: —¿A quién buscan?

Narrador: Y ellos repitieron:

Soldado: —A Jesús de Nazaret.

Narrador: Jesús les dijo otra vez:

Jesús: —Ya les he dicho que soy yo. Si me buscan a mí, dejen que estos otros se vayan.

Narrador: Esto sucedió para que se cumpliera lo que Jesús mismo había dicho:

Jesús: «Padre, de los que me diste, no se perdió ninguno.»

Narrador: Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó y le cortó la oreja derecha a uno llamado Malco, que era criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo a Pedro:

Jesús: —Vuelve a poner la espada en su lugar. Si el Padre me da a beber este trago amargo, ¿acaso no habré de beberlo?

Narrador: Los soldados de la tropa, con su comandante y los guardianes judíos del templo, arrestaron a Jesús y lo ataron. Lo llevaron primero a la casa de Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año. Este Caifás era el mismo que había dicho a los judíos que era mejor para ellos que un solo hombre muriera por el pueblo.

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. El otro discípulo era conocido del sumo sacerdote, de modo que entró con Jesús en la casa; pero Pedro se quedó fuera, a la puerta. Por esto, el discípulo conocido del sumo sacerdote salió y habló con la portera, e hizo entrar a Pedro. La portera le preguntó a Pedro:

Portera: —¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Narrador: Pedro contestó:

Pedro: —No, no lo soy.

Narrador: Como hacía frío, los criados y los guardianes del templo habían hecho fuego, y estaban allí calentándose. Pedro también estaba con ellos, calentándose junto al fuego. El sumo sacerdote comenzó a preguntarle a Jesús acerca de sus discípulos y de lo que él enseñaba. Jesús le dijo:

Jesús: —Yo he hablado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en las sinagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos; así que no he dicho nada en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregúntales a los que me han escuchado, y que ellos digan de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho.

Narrador: Cuando Jesús dijo esto, uno de los guardianes del templo le dio una bofetada, diciéndole:

Guardia : —¿Así contestas al sumo sacerdote?

Narrador: Jesús le respondió:

Jesús: —Si he dicho algo malo, dime en qué ha consistido; y si lo que he dicho está bien, ¿por qué me pegas?

Narrador: Entonces Anás lo envió, atado, a Caifás, el sumo sacerdote. Entre tanto, Pedro seguía allí, calentándose junto al fuego. Le preguntaron:

Criado 1: —¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Narrador: Pedro lo negó, diciendo:

Pedro: —No, no lo soy.

Narrador: Luego le preguntó uno de los criados del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro le había cortado la oreja:

Criado 2: —¿No te vi con él en el huerto?

Narrador: Pedro lo negó otra vez, y en ese mismo instante cantó el gallo.

Llevaron a Jesús de la casa de Caifás al palacio del gobernador romano. Como ya comenzaba a amanecer, los judíos no entraron en el palacio, pues de lo contrario faltarían a las leyes sobre la pureza ritual y entonces no podrían comer la cena de Pascua. Por eso Pilato salió a hablarles. Les dijo:

Pilato: —¿De qué acusan a este hombre?

Anciano: —Si no fuera un criminal

Narrador: —le contestaron—,

Anciano: no te lo habríamos entregado.

Narrador: Pilato les dijo:

Pilato: —Llévenselo ustedes, y júzguenlo conforme a su propia ley.

Narrador: Pero las autoridades judías contestaron:

Anciano: —Los judíos no tenemos el derecho de dar muerte a nadie.

Narrador: Así se cumplió lo que Jesús había dicho sobre la manera en que tendría que morir. Pilato volvió a entrar en el palacio, llamó a Jesús y le preguntó:

Pilato: —¿Eres tú el Rey de los judíos?

Narrador: Jesús le dijo:

Jesús: —¿Eso lo preguntas tú por tu cuenta, o porque otros te lo han dicho de mí?

Narrador: Le contestó Pilato:

Pilato: —¿Acaso yo soy judío? Los de tu nación y los jefes de los sacerdotes son los que te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

Narrador: Jesús le contestó:

Jesús: —Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, tendría gente a mi servicio que pelearía para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

Narrador: Le preguntó entonces Pilato:

Pilato: —¿Así que tú eres rey?

Narrador: Jesús le contestó:

Jesús: —Tú lo has dicho: soy rey. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y todos los que pertenecen a la verdad, me escuchan.

Narrador: Pilato le dijo:

Pilato: —¿Y qué es la verdad?

Narrador: Después de hacer esta pregunta, Pilato salió otra vez a hablar con los judíos, y les dijo:

Pilato: —Yo no encuentro ningún delito en este hombre. Pero ustedes tienen la costumbre de que yo les suelte un preso durante la fiesta de la Pascua: ¿quieren que les deje libre al Rey de los judíos?

Narrador: Todos volvieron a gritar:

Anciano: —¡A ése no! ¡Suelta a Barrabás!

Narrador: Y Barrabás era un bandido. Pilato tomó entonces a Jesús y mandó azotarlo. Los soldados trenzaron una corona de espinas, la pusieron en la cabeza de Jesús y lo vistieron con una capa de color rojo oscuro. Luego se acercaron a él, diciendo:

Soldado: —¡Viva el Rey de los judíos!

Narrador: Y le pegaban en la cara. Pilato volvió a salir, y les dijo:

Pilato: —Miren, aquí lo traigo, para que se den cuenta de que no encuentro en él ningún delito.

Narrador: Salió, pues, Jesús, con la corona de espinas en la cabeza y vestido con aquella capa de color rojo oscuro. Pilato dijo:

Pilato: —¡Ahí tienen a este hombre!

Narrador: Cuando lo vieron los jefes de los sacerdotes y los guardianes del templo, comenzaron a gritar:

Sacerdote: —¡Crucifícalo!

Guardia: ¡Crucifícalo!

Narrador: Pilato les dijo:

Pilato: —Pues llévenselo y crucifiquenlo ustedes, porque yo no encuentro ningún delito en él.

Narrador: Las autoridades judías le contestaron:

Sacerdote: —Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir,

Guardia: porque se ha hecho pasar por Hijo de Dios.

Narrador: Al oír esto, Pilato tuvo más miedo todavía. Entró de nuevo en el palacio y le preguntó a Jesús:

Pilato: —¿De dónde eres tú?

Narrador: Pero Jesús no le contestó nada. Pilato le dijo:

Pilato: —¿Es que no me vas a contestar? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, lo mismo que para ponerte en libertad?

Narrador: Entonces Jesús le contestó:

Jesús: —No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si Dios no te lo hubiera permitido; por eso, el que me entregó a ti es más culpable de pecado que tú.

Narrador: Desde aquel momento, Pilato buscaba la manera de dejar libre a Jesús; pero los judíos le gritaron:

Sacerdote: —¡Si lo dejas libre, no eres amigo del emperador!

Guardia: ¡Cualquiera que se hace rey, es enemigo del emperador!

Narrador: Pilato, al oír esto, sacó a Jesús, y luego se sentó en el tribunal, en el lugar que en hebreo se llamaba Gabatá, que quiere decir El Empedrado. Era el día antes de la Pascua, como al mediodía. Pilato dijo a los judíos:

Pilato: —¡Ahí tienen a su rey!

Narrador: Pero ellos gritaron:

Sacerdote: —¡Fuera! ¡Fuera!

Guardia: ¡Crucifícalo!

Narrador: Pilato les preguntó:

Pilato: —¿Acaso voy a crucificar a su rey?

Narrador: Y los jefes de los sacerdotes le contestaron:

Sacerdote: —¡Nosotros no tenemos más rey que el emperador!

Narrador: Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran, y ellos se lo llevaron.

Todos de pie.

Narrador: Jesús salió llevando su cruz, para ir al llamado «Lugar de la Calavera» (que en hebreo se llama Gólgota). Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, quedando Jesús en el medio. Pilato escribió un letrero que decía: «Jesús de Nazaret, Rey de los judíos», y lo mandó poner sobre la cruz. Muchos judíos leyeron aquel letrero, porque el lugar donde crucificaron a Jesús estaba cerca de la ciudad, y el letrero estaba escrito en hebreo, latín y griego. Por eso, los jefes de los sacerdotes judíos dijeron a Pilato:

Sacerdote: —No escribas: “Rey de los judíos”, sino escribe: “El que dice ser Rey de los judíos”.

Narrador: Pero Pilato les contestó:

Pilato: —Lo que he escrito, escrito lo dejo.

Narrador: Después que los soldados crucificaron a Jesús, recogieron su ropa y la repartieron en cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también la túnica, pero como era sin costura, tejida de arriba abajo de una sola pieza, los soldados se dijeron unos a otros:

Soldado: —No la rompamos, sino echémosla a suertes, a ver a quién le toca.

Narrador: Así se cumplió la Escritura que dice: «Se repartieron entre sí mi ropa, y echaron a suertes mi túnica.» Esto fue lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, y la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre, y junto a ella al discípulo a quien él quería mucho, dijo a su madre:

Jesús: —Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Narrador: Luego le dijo al discípulo:

Jesús: —Ahí tienes a tu madre.

Narrador: Desde entonces, ese discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, como Jesús sabía que ya todo se había cumplido, y para que se cumpliera la Escritura, dijo:

Jesús: —Tengo sed.

Narrador: Había allí un jarro lleno de vino agrio. Empaparon una esponja en el vino, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús bebió el vino agrio, y dijo:

Jesús: —Todo está cumplido.

Narrador: Luego inclinó la cabeza y entregó el espíritu.

Se puede guardar silencio.

Narrador: Era el día antes de la Pascua, y los judíos no querían que los cuerpos quedaran en las cruces durante el sábado, pues precisamente aquel sábado era muy solemne. Por eso le pidieron a Pilato que ordenara quebrar las piernas a los crucificados y que quitaran de allí los cuerpos. Los soldados fueron entonces y le quebraron las piernas al primero, y también al otro que estaba crucificado junto a Jesús. Pero al acercarse a Jesús, vieron que ya estaba muerto. Por eso no le quebraron las piernas.

Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al momento salió sangre y agua. El que cuenta esto es uno que lo vio, y dice la verdad; él sabe que dice la verdad, para que ustedes también crean. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura que dice: «No le quebrarán ningún hueso.» Y en otra parte, la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron.»

Después de esto, José, el de Arimatea, pidió permiso a Pilato para llevarse el cuerpo de Jesús. José era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a las autoridades judías. Pilato le dio permiso, y José fue y se llevó el cuerpo. También Nicodemo, el que una noche fue a hablar con Jesús, llegó con unos treinta kilos de un perfume, mezcla de mirra y áloe. Así pues, José y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas empapadas en aquel perfume, según la costumbre que siguen los judíos para enterrar a los muertos. En el lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde todavía no habían puesto a nadie. Allí pusieron el cuerpo de Jesús, porque el sepulcro estaba cerca y porque ya iba a empezar el sábado de los judíos.



Leccionario Dominical, creado por el Ministerio Latino/Hispano de la Iglesia Episcopal (212-716-6073 • P.O. Box 512164, Los Angeles, CA 90051 • www.episcopalchurch.org/latino). Los textos bíblicos son tomados de la Biblia *Dios habla hoy*®, Tercera edición, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usado con permiso. Las colectas y los salmos son tomados de *El Libro de Oración Común*, propiedad literaria de ©The Church Pension Fund, 1982. Usado con permiso. Leccionario Común Revisado ©1992 Consulta Sobre Textos Comunes. Usado con permiso.

Puede mandar sus comentarios, preguntas, o informes acerca de errores a J. Ted Blakley (M.Div., Ph.D.) en jtedblakley@gmail.com.